

ABEYTUA, Luis: *Lo que sé de los nazis*, Universidad de Cantabria, Santander, 2011, con estudio preliminar de Ricardo Martín de la Guardia, 398 pp.

El presente libro sobre *Lo que sé de los nazis* fue publicado por su autor Luis Abeytua en Madrid en 1946 con sus recuerdos todavía próximos de los años vividos en la Alemania nazi, con prólogo del insigne periodista Manuel Pombo Angulo. Que el libro fue publicitado lo muestra el hecho de que en las páginas de la prensa de la época como *Madrid, Ya, ABC* o *El Noticiero Universal* acogieron su edición con sus comentarios pertinentes.

La excelente actual edición, que ha llevado a cabo el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, permite ver en la portada al propio Luis Abeytua y su esposa entre los dirigentes nazis en una composición idónea y en la contraportada una imagen de la revista *Signal* donde escribía las crónicas y hacia los comentarios sobre la realidad que estaba viviendo. No olvidemos que en estas páginas se sigue también al periodista Abeytua que traduce los textos del régimen nacionalsocialista para la prensa escrita y la radio. El ejemplar tiene además un estudio «Preliminar» del profesor de la Universidad de Valladolid Ricardo Martín de la Guardia. Lo que nos permite tener entre las manos dos libros en uno.

En el trabajo que ha llevado a cabo el profesor Martín de la Guardia se percibe permanentemente el poder de la propaganda que el nacionalsocialismo llevó a cabo desde el primer día del ascenso al poder, como escribe él mismo «los valores de la lealtad, la fidelidad, la devoción al *Führer*, la pureza racial, la comunidad nacional» eran los fundamentos de esa propaganda y ahí sobresale la figura

de Goebbels y todo en provecho, como señala, a favor de la «sacralización del líder». Con estos mimbres, resume, cualquier actividad creativa no tiene hueco, así que «los rechaza o los absorbe» y todo, entre otras cuestiones, para evitar la «bolchevización de toda Europa», con lo que *jugaban* a salvadores de esa misma Europa que terminaron destrozando.

Otro factor en el que incide Ricardo Martín de la Guardia es en el antisemitismo donde descubre la persistente atención del periodista Abeytua a la persecución constante de los judíos, haciendo hincapié, señala el profesor, en «su aislamiento progresivo, sus triquiñuelas para huir y salvar la vida, los campos de concentración», en suma, concluye, «la plasmación del antisemitismo en la vida cotidiana».

Es ahora cuando nos aproxima a la imagen del periodista y sus andanzas tanto en el cuerpo de aduanas español, como en su llegada a Alemania, o su vuelta a España en 1944 cuando entendió que era inminente la caída del Führer y con su mujer embarazada emprende la vuelta por Francia, hasta su llegada en 1950 a su Logroño natal donde permaneció hasta su muerte en 1994. Aposentado el autor de la obra en Berlín se nos introduce en el mundo de la propaganda, que el régimen nazi había sabido controlar desde el primer momento y destaca como J. Goebbels lleva a cabo todo su control tratando, incluso, de desacreditar a sus rivales, como podían ser las agencias de noticias de la francesa *Havas*, ya existente desde mediados del siglo XIX, y *Reuters* con sede en el Reino Unido, pero conectada desde sus inicios en Alemania y ubicada para estas fechas en Berlín, pasando, por último, por la norteamericana *Associated Press*. Todo un juego, que en el caso que nos ocupa, pasaba por la Agregaduría de Prensa de la Embajada en Madrid, por *Transocean*, creada con fines claramente propagandísticos para España y Latinoamérica para así dar en esas latitudes una imagen positiva e idílica del régimen alemán, al margen, en este caso, de los problema económicos.

En este ámbito nos describe así mismo el profesor Martín de la Guardia los trabajos de Abeytua para el periódico español *Informaciones*, que ya había mostrado claros indicios de oposición al régimen de la Segunda República, y en el que trabajaría nuestro periodista en Alemania. Crónicas que tenían falta de «viveza» si se «compara con el libro» que tenemos entre manos. Por el contrario, añade «ofrecen una visión comedida del desarrollo de la guerra, buscando mediante la limitación de los adjetivos la objetividad en el comentario» y, concluye, «si bien con un cierto tinte más proclive a Alemania».

Cierran estas páginas del análisis previo de aquella Alemania un aspecto llamativo como es el narrar la historia desde la primera persona, pero a la vez que capta lo esencial «dentro de lo cotidiano». Para concluir escribiendo Martín de la Guardia que «ofrecen en apenas unas páginas un cuadro vivido de unas jornadas largamente detalladas en los libros de Historia», con mayúscula. Vuelto a España y ya en Madrid, publica *Lo que sé de los nazis*, en 1946, mostrando todo lo que «corresponsales y escritores han silenciado hasta hoy», lo narra, dice «magistralmente».

Si interesante son las propuestas que se ponen encima de la mesa en el estudio «Preliminar», no menos enjundiosas son las páginas que vienen a continuación. Para empezar con un prólogo de Manuel Pombo Angulo, eximio periodista, que fue subdirector del diario *Ya*, corresponsal en Alemania y en los años de la segunda guerra mundial jefe de redacción de *La Vanguardia*, además de escritor por los que obtuvo varios premios literarios. En dicho prólogo escribe Pombo de Abeytua que es persona bien probada en las lides periodísticas, además de que el libro «es esencialmente periodístico» y que es tan respetuoso consigo mismo que sigue totalmente lo que ve y entiende sin ni siquiera «tergiversar un informe». Para más adelante destacar que el libro no pasará desapercibido. Una pena que no lo hayamos podido leer hasta el 2011 y en adelante que es cuando se volvió a reeditar gracias al original que conservaba su hija María Teresa. Y es sutil e interesante porque, insiste Pombo, «es sincero», «expone su verdad», que evidentemente «no es absoluta», lamentando, para concluir su presentación, que Alemania haya seguido los derroteros por los que había caminado y que le habían llevado a desgracias sin fin.

A partir de este momento las páginas nos llevan en primer lugar por las intenciones de Luis Abeytua, que nunca pensó en no escribir para mostrar como «obedientes consignas salidas de la altura, se entregaban a los desmanes más feroces contra los hijos de Judá», porque «nunca había creído yo en la inocuidad del nacionalsocialismo», y porque era la manera de dejar constancia de cómo cualquier palabra que hubiera «escapado de los labios de un alemán anónimo, crispados para retener la protesta» le hubiera llevado, sin duda, «al campo de concentración, con sus torturas infamantes, y acaso la muerte inmediata». Sólo por esta introducción ya merece la pena adentrarse en las páginas de *Lo que sé de los nazis*, pero si además uno espera una obra política, estará equivocado, pues como él mismo escribe hay capítulos «de sabor novelesco» y concluye escribiendo que todo lo que escribe es real, «auténtico».

Es ahora cuando se inicia definitivamente el segundo libro que contiene la presente obra. Lo escrito por Luis Abeytua, se inicia en su llegada a tierras alemanas donde hace un recorrido de sus primeras impresiones, del exterminio de los judíos, de la radio, de lo que denomina «vientos de guerra», panorama militar, de la guerra, de la vida diaria, del mercado negro, de las bombas. Poco a poco vamos haciendo un recorrido por los diversos acontecimientos tanto en el exterior, como la guerra en África, como en el interior: los ataques aéreos, el mercado negro, los procedimientos criminales del régimen, su vida en la pensión, el «quinto invierno de la guerra», o «la guerra total», para concluir con «la inflación», «los primeros ataques diurnos» o «la desbandada».

Ahí aparecían frases que mostraban los horrores del conflicto y lo que el régimen había llevado a cabo, así comenta el estribillo reiterado de los mandos de que «no capitularemos nunca; el mundo no volverá a presenciar un 1918», aquel final de la Gran Guerra que había traumatizado al menos a los dirigen-

tes nazis, o como que el Führer «nunca ha dado pruebas de valor personal» o la existencia de las ruinas humeantes, escribe, o al tratar en general al sistema y aquellas gentes que quizás no quisieron ver lo que acontecía como «delincuentes de guerra».

Al final, concluye en sus páginas «era el símbolo del Reich que quedaba atrás: ruinas, esclavos y guardianes» y en cuyos últimos momentos había escapado con su familia, por eso escribirá «¡Que el porvenir depare a la auténtica Alemania el destino que merece!». Palabras que ponen fin a la obra.

José Miguel Delgado Idarreta

ARÓSTEGUI, Julio (coord.): *Franco: la represión como sistema*, Flor de Viento Ediciones, Barcelona, 2012, 479 pp.

«No vengo a negar ni a encubrirlo con mi silencio que en nuestras filas se han cometido desmanes, que se han realizado crímenes; lo que sí afirmo es que estos desmanes y esos crímenes se han producido bajo el espasmo que provoca en las muchedumbres la agresión alevosa e innoble, y lo que pretendo demostrar es que los crímenes del otro lado son crímenes organizados previamente, preparados anticipadamente...» (Indalecio Prieto, 28/08/1938).

Esa sintomática afirmación del conocido líder socialista, epígrafe de *Franco: la represión como sistema*, señala la hipótesis central de la obra colectiva, *Franco, la represión como sistema*. Con el objetivo de destruir el proyecto republicano y a sus servidores, los sublevados contra la República optaron por la violencia extrema y planeada. Idearon y construyeron, con ese objetivo, un complejo y muy elaborado sistema represivo, cuyas múltiples características son el objeto de análisis de los textos que componen la obra.

Coordinado por Julio Aróstegui, quien no necesita presentación, el libro ha sido escrito por él y otros nueve especialistas en la historia de la España contemporánea. Los diez capítulos han sido reunidos en tres partes, tituladas: I) El régimen: «derecho», doctrina y lenguaje; II) La institucionalización de la represión; III) Coerción, exclusión, reeducación.

El libro es fruto de un proyecto de investigación desarrollado por este grupo de historiadores entre los años 2006 y 2009. En cuanto a la forma narrativa, se ha buscado el acercamiento a «un público amplio» (p. 11), por supuesto sin disminuir la calidad del contenido. Han seguido así la vieja sugerencia de Bloch de hablar en el mismo tono al erudito y al estudiante. Esa sencillez, como él decía en la introducción de su *Apologie pour l'histoire*, es un privilegio de unos pocos. Los autores de *Franco: la represión como sistema* han tenido el mérito de escribir con esa deseable claridad.

Los análisis enfatizan las primeras décadas del régimen dictatorial, siendo pocas y breves las referencias a la represión durante el tardofranquismo. Una reflexión detallada sobre los cambios en el sistema represivo en los años 1960 y 1970, quizás un capítulo sobre ese tema, sería sin duda un incremento de gran utilidad. Sin embargo, esa laguna en nada perjudica la innegable calidad de la obra, la cual, como se señala en la «nota previa» al libro, no tiene la pretensión de agotar el tema: «(...) el presente libro intenta abordar algunas de las más significativas vertientes en las que la represión franquista vertió sus preocupaciones y somos perfectamente conscientes de que no agota su amplitud» (p. 14).

Uno de los aspectos más interesantes del libro es su profunda atención a los elementos ideológicos del sistema represivo. En algunos estudios, este componente esencial de la represión es olvidado o tratado de manera muy secundaria, disminuyendo la profundidad del análisis. En el libro coordinado por Aróstegui, el elemento ideológico recibe la debida atención. Lo ideológico es el cimiento que une los diferentes componentes (órganos y agentes) de cualquier sistema destinado al control social, incluso de aquellos que hacen uso central de la violencia sistemática y planeada para imponer a la sociedad la voluntad del grupo en el poder. El análisis de los aspectos ideológicos del régimen franquista atraviesa toda la obra de esta reseña, pero en la primera parte esa es la principal cuestión. En la segunda y tercera partes, los autores vuelven sus miradas hacia algunas de las diversas formas represivas utilizadas de modo sistemático en la sustentación de aquel régimen dictatorial, señalando con precisión las funciones y relaciones de cada una de esas formas represivas en el sistema.

La primera parte se abre con un capítulo escrito por Julio Aróstegui, titulado «Coerción, violencia, exclusión: la dictadura de Franco como sistema represivo». Ese texto es la clave para la comprensión de la obra, el hilo que amarra todos los capítulos. Aróstegui presenta, además de otros aspectos, una discusión conceptual donde son definidos los conceptos de violencia política, control social y represión que fundamentan el argumento general. La represión es así vinculada «a las acciones de control emprendidas desde alguna forma de Poder (no necesariamente el estatal) *carente de legitimidad* para obligar a los que están sujetos a él a determinadas conductas bajo la acción real o la amenaza de la violencia explícita» (p. 49). La cuestión de la legitimidad es central, de tal manera que la represión es considerada como «una *perversión* del control social» (p. 48).

Manuel Álvaro Dueñas, firma el capítulo siguiente, titulado «Delitos políticos, pecados democráticos», donde el tema de la legitimidad y la ideología vuelve a ser abordado. Cerrando la primera parte del libro, el capítulo «Las fuentes doctrinales: pensamiento y lenguaje de la represión sistémica (1936-1948)», firmado por Matilde Eiroa San Francisco, sigue en el análisis de la ideología con la cual los que estaban en el poder intentaban crear una ilusión de legitimidad para un régimen basado en la represión y, por lo tanto, según la anterior definición de Aróstegui, un régimen *ilegítimo*.

En la segunda parte, el foco es la institucionalización de la represión. Santiago Vega Sombría, se ocupa en el cuarto capítulo de «La represión universal: un aparato estructurado y jerarquizado», y analiza algunas de las principales formas represivas: fusilamientos, sacas, incautación de bienes, despidos y depuraciones. El quinto capítulo, «“Debemos condenar y condenamos”... Justicia militar y represión en España (1936-1948)», escrito por Jorge Marco, trata de la construcción, desde la guerra civil, de un nuevo marco jurídico, controlado por la justicia militar y base de aquel sistema represivo. Cierra la segunda parte del libro el capítulo «Teología penitenciaria: las cárceles del régimen» en el que Gutmaro Gómez Bravo aborda las permanencias y rupturas en la construcción del modelo penitenciario adoptado durante la dictadura, además de la influencia de principios militares y católicos en ese modelo y de la presencia de una variedad de formas represivas en el interior de las cárceles franquistas.

La tercera y última parte de la obra trata tres aspectos indisolubles de aquel sistema represivo: «coerción, exclusión, reeducación». En el capítulo «Forzados y forzosos: el trabajo de los prisioneros al servicio de la victoria franquista», de Mirta Núñez Díaz-Balart describe la «utilización de la masa recluida como mano de obra semiesclava» (p. 269), la represión con ventajas económicas para el Estado, puesta en marcha —decían sus defensores— “con el noble afán de hacerles útiles”» (p. 279). En el capítulo siguiente, «Los confusos caminos del perdón: de la pena de muerte a la conmutación», Ángeles Egido y Matilde Eiroa demuestran cómo las conmutaciones de penas, revestidas con la capa ideológica de la clemencia religiosa, fueron parte de una estrategia de control de la sociedad. El noveno capítulo, elaborado por Ana Martínez Rus, se ocupa de «La represión cultural: libros destruidos, bibliotecas depuradas y lecturas vigiladas», una cuestión central para la comprensión de aquel sistema represivo: la articulación entre vigilancia e ideología, en un intento de desterrar las ideas «indeseables». El último capítulo, «Vuelta atrás: la contrarreforma agraria», de Sergio Riesco, aborda la destrucción por el franquismo de aquel emblemático proyecto republicano que fue la reforma agraria.

Jaime Valim Mansan

BRANCIFORTE, Laura: *El Socorro Rojo Internacional en España (1923-1939). Relatos de la solidaridad antifascista*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2011, 322 pp.

Hay libros que nos mantienen entretenidos durante unos días, otros que interesan especialmente a nuestras investigaciones, o incluso que nos obligan a leer... y luego están aquellos que subrayamos sin cesar, con anotaciones al margen, e incluso que nos gustaría haber escrito. Esto último es lo que me ha ocurrido con la

primera monografía dedicada a la labor del Socorro Rojo Internacional en España.

Laura Branciforte, profesora de la Universidad Carlos III de Madrid, no sólo ha cubierto una laguna historiográfica enorme para los/as contemporaneístas, sino que nos ha brindado una obra deliciosa sobre un tema poco trabajado y de singular interés. Como se explica en la introducción y el prólogo de Montserrat Huguet, la autora llegó hasta la organización a través de un viaje de ida y vuelta por la personalidad de la fotógrafa Tina Modotti, a la que considera su *alter ego*. A ella dedicó su doctorado, y con ella realizó un periplo por los «lugares de memoria» de esta artista italiana, comunista expulsada de México y que recaló en España de la mano de su compañero Vittorio Vidali, (a) *Carlos Contreras*.

El dominio de la biografía le ha permitido publicar diversos artículos y hasta asesorar un documental sobre la contribución de ésta y otras destacadas mujeres a la Guerra Civil española y la solidaridad antifascista. La tesis que ahora edita Biblioteca Nueva es la contribución más sólida realizada hasta el momento por su autora, revisada y adaptada a todos los públicos para hacerla aún más atractiva. Como si formara parte de la «Campana de Invierno» del Socorro Rojo, ha llegado hasta mis manos esta suerte de aguinaldo navideño, con el que aprender sobre la ayuda mutua como acción política en tiempos difíciles.

Hasta ahora, las referencias a la labor de esta organización kominterniana en nuestro país eran sólo colaterales, aparecidas en estudios sobre la historia del PCE, como los de Marta Bizcarrondo, o la labor del Bureau Latino en Francia o Italia, trabajados por Brodiez o Agosti, entre otros. En cualquier caso, eran tan poco abundantes que Branciforte encuentra su hilo conductor en las obras que a un lado y otro del Atlántico se han centrado en *Carmen Ruiz Sánchez*, *María* o, lo que es lo mismo, Tina Modotti. Su ocupación en el Socorro Rojo y el Quinto Regimiento durante el conflicto bélico, le hicieron abandonar su cámara Leika y dedicar el resto de su existencia a la política; porque así se nos presenta la entrega al asistencialismo durante la denominada «crisis de los años treinta»: como una forma de entender la vida, sobre todo entre las mujeres.

El libro que nos ocupa consta de seis capítulos y una conclusión, aunque bien podría dividirse en dos o tres partes bien diferenciadas. Una primera dedicada a los orígenes del SRI con la revolución soviética, y su difusión mundial a través de la Internacional Comunista. Otra sub-sección que comprende el aterrizaje en España, a través del patronazgo del Secours Rouge Français, y su difícil implantación hasta los sucesos de Octubre de 1934 en Asturias, que en mi opinión, son el auténtico punto de inflexión y el eje central sobre el que pivota toda la investigación. Finalmente, se aborda el desarrollo del Socorro Rojo durante la Guerra Civil, cuando capitaliza la acción de la sanidad militar republicana y alcanza su mayor trascendencia, actividad y afiliación.

Tanto el organigrama como la cronología me parecen tan ambiciosos como controvertidos. Porque si en su aproximación a los cimientos de esta gran obra

de propaganda y acción social, todo se nos antoja nuevo y de dimensiones espectaculares, aportándonos una cantidad de datos fabulosa sobre la gestación de esta red de apoyo a las víctimas del «terror blanco», tanto en la URSS como en España, es en el momento de su máximo apogeo, durante la coyuntura 1936-1939, cuando la riqueza documental disminuye o se sacrifica en aras de un relato más íntimo o personal, como sugiere el propio título de la obra.

Dicha observación obedece, no obstante, a un deseo expreso de la autora, porque fuentes inéditas, testimonios y bibliografía son activos muy presentes en su trabajo. Ha recorrido todos los archivos nacionales, públicos y privados, que pueden tener relación directa con la materia, además de conocer a la perfección las publicaciones e informes periódicos del SRI y la abundante literatura gris que generó su célebre departamento de «agit-pro». Pero es que, además, ha encontrado en centros de documentación franceses, italianos e incluso mexicanos, los aliados perfectos para completar un estudio de relaciones internacionales e historia comparada ejemplar. Los diversos fondos del Partido Comunista, el Instituto Gramsci, la Fundación Pablo Iglesias o la Bibliothèque Marxiste de París, son imprescindibles por sus referencias a la organización del Socorro por la Komintern, pero qué decir de los expedientes policiales y judiciales sobre la persecución de la clandestinidad, el Archivo Rojo de la Administración Central, los fotogramas casi inéditos de la Fimoteca o el testimonio auténtico y mítico, a la vez, de Flor Cernuda...

Si tuviera que destacar una de las aportaciones más originales de la obra me decantaría, sin dudar, por «los dispositivos de contención anticomunista», desde la Entente contre la III Internationale, al Juzgado de Instrucción Especial constituido en 1928. El análisis en negativo que realiza Branciforte del Socorro Rojo, a través del cordón sanitario desplegado por Primo de Rivera frente a la amenaza revolucionaria, es tan inteligente y apropiado como poco habitual. Para ello, hace uso de un material precioso proveniente del Archivo Antonio Maura o los fondos reservados del Tribunal Supremo, cuya existencia apenas conocíamos por González Calleja. De hecho, a través del SRI descubrimos nuevas facetas del movimiento obrero y de la propia dictadura, como la rivalidad por el liderazgo entre Euskadi y Cataluña, o la represión política y asociativa que, en parangón con el fascismo mussoliniano en Italia, trascienden el objeto de estudio en particular.

Del mismo modo, el capítulo dedicado a la solidaridad con las víctimas de 1934 en Asturias y la movilización Pro-Amnistía, merecen un lugar destacado en la historiografía sobre el Segundo Bienio Republicano.

En un ejercicio de transparencia intelectual, la propia autora nos ofrece las palabras clave que definen esta investigación y el devenir del Socorro Rojo Internacional en España. La mayoría ya se han subrayado en estas líneas, y se refieren al dirigismo soviético de una organización que se pretendía frentepopulista o, mejor aún, partidista. No fue nunca, ni lo pretendió, horizontal ni apolítica, y de ahí que se insista en las bases estatutarias y su carácter propagandístico para desterrar

ciertos prejuicios. Al igual que la Agrupación de Mujeres Antifascistas, el SRI encontró en el PCE su plataforma de lanzamiento, sin renunciar a la ambición genuina de crear un «frente único». De ahí los enfrentamientos y la competencia estructural, salvo encuentros puntuales, con el Socorro Obrero Internacional (SOI) de origen socialista, y la Solidaridad Internacional Antifascista (SIA), organizada por la CNT-AIT en España.

Branciforte no adorna con eufemismos la utilización de la ayuda mutua como una poderosa arma política, de fácil propaganda por su mensaje edulcorado, inocente y femenino. Pero en el recuento de conferencias y congresos para imponer los principios organizativos de París y los objetivos irrenunciables para Moscú, o la endémica carencia de financiación para sufragar la defensa jurídica y el exilio de los perseguidos, la autora encuentra el eco de resistencias, conflictos internos, debate de ideas e incluso biografías llenas de entrega desinteresada. Además de rescatar la figura de Modotti, los diversos secretarios regionales y hasta a Andreu Nin, como un «afecto» al SRI antes de la guerra, yo destacaría la labor de Eduardo Ortega y Gasset, en la Agrupación de Abogados Defensores de los Encartados por los Sucesos de Octubre, y de Matilde Landa en la evacuación de los refugiados desde febrero de 1937. Rafael Cruz, David Ginard o el propio Tuñón de Lara nos hablaron con anterioridad del Comité de Ayuda a las Víctimas y de estas personalidades, pero la autora consigue enmarcarlos en un discurso que supera las barreras del «corto plazo», el partidismo y una visión androcéntrica, que desatiende la división sexual del trabajo en la carrera política.

De este modo, *El Socorro Rojo Internacional en España (1923-1939)* consigue integrar algo tan perseguido y difícil como el análisis de género, sin hacer sólo historia de las mujeres; la investigación biográfica y con fuentes orales, sin ser un mero compendio de anécdotas personales; así como el empleo de imágenes, en perfecto equilibrio y sin renunciar a su hermenéutica o valor explicativo.

El subtítulo, *Relatos de la solidaridad antifascista*, responde mejor a la modestia de la autora que a una narración minimalista. Para encontrar un final redondo a esos relatos, sólo tendría que hacer caer al Socorro Rojo hasta los infiernos. Profundizar en la vertebración territorial durante la Guerra Civil, su contrapunto del Socorro Blanco, y el repliegue, persecución y catarsis al que le sometió la dictadura. Volver a su origen residual y clandestino, cuando se nutrió de asociaciones pro-infancia y sociedades recreativas para camuflar una actividad política de resistencia al terror, como la que impuso el franquismo a tanto/as militantes de la solidaridad y «mujeres de preso».

Sofía Rodríguez López

FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka y LÓPEZ ROMO, Raúl: *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2011*, Tecnos, Madrid, 2012, 403 pp.

MOLINA APARICIO, Fernando: *Mario Onaindia (1948-2003). Biografía patria*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2012, 352 pp.

Tres historiadores, dos libros y un tema. Los autores son todos ellos jóvenes por edad, e innovadores por su aproximación al objeto de estudio sobre el que gravitan: el nacionalismo vasco radical. Les unen, cuando menos, tres aspectos: 1) una elección de temas poco transitados (siendo generosos en el cálculo), cuando no inéditos, en la historiografía contemporánea vasca; 2) recurso sin complejos, pero con solvencia, al instrumental analítico de las ciencias sociales a modo de efecto multiplicador del carácter explicativo del fenómeno en cuestión, más allá de la historia política al uso, necesaria pero insuficiente para una comprensión cabal de los fenómenos históricos, y; 3) diáfano compromiso que convierte en un imperativo moral la denuncia de la violación de los derechos humanos practicada por ETA durante las últimas décadas con la inestimable e incondicional colaboración de su entramado civil, erigiéndose así en exponentes de coraje frente a la incivildad perpetrada en el nombre de Euskal Herria.

Ambos trabajos son complementarios. En *Mario Onaindia (1948-2003). Biografía patria*, Fernando Molina delimita el recorrido vital de quien fuera durante la década de 1970 un icono del irredentismo abertzale para acabar sus días odiado por quienes antaño le glorificaron, y ensalzado por quienes le tuvieron enfrente. La parcelación se ciñe a la rica y compleja evolución identitaria de Onaindia, en concreto a su relación con la patria vasca de la que fue apóstol y hereje casi sin solución de continuidad. La biografía nos habla del tránsito de un acendrado dogmatismo en sus primeros años hasta fundirse en una noción liberal de la vida pública. El libro de Gaizka Fernández Soldevilla y Raúl López Romo *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2011* se fija no ya en un individuo particular, sino en la subcomunidad nacionalista radical con el objeto de desentrañar su no-evolución, es decir, su aferramiento a prácticas inciviles y violentas e incapaz de alcanzar ningún compromiso (esencia de la política democrática) precisamente por su iliberalidad, por su renuencia a aceptar la pluralidad intrínseca a la sociedad vasca. Veamos las obras con algo más de detalle.

Una biografía sobre Mario Onaindia era cuestión de tiempo; sólo faltaba quien se encomendase a la tarea. Porque, sencillamente, no es posible comprender la historia vasca en su más reciente fase en democracia sin alumbrar la trayectoria de uno de sus actores clave. Personaje proteico a la vez que polidrico, polígrafo autodidacta, Onaindia sobresalió en campos tan diversos como la literatura, la historia o la crítica cinematográfica. Pero no son éstas las cuestiones que

interesan al biógrafo, ni siquiera su periplo existencial en sus descriptores íntimos más elementales, como la familia. La dimensión que absorbe la atención del biógrafo es la política desde 1970, cuando Onaindia se convirtió en icono de ese gran acumulador de capital simbólico para la causa nacionalista radical que fue el Proceso de Burgos, momento condensado para la posteridad en su turno final de intervención ante un tribunal militar que acabaría imponiéndole dos penas de muerte, luego conmutadas. En primera fila de la política partidaria primero, insuflando ideas a diferentes iniciativas ciudadanas después, indisciplinando espíritus siempre, se trata de un personaje inexcusable para entender la historia vasca del último tercio del siglo XX. Con la solvencia que otorga haber transitado el género biográfico con anterioridad (en concreto sobre José María Arizmendiarieta, alma mater del movimiento cooperativista de Mondragón) y ser titular de un conocimiento acreditado de la historia vasca de las últimas décadas, nadie como Molina para rellenar esa laguna inaplazable.

No se trata, insistamos, de una biografía al uso, escrita de forma más o menos lineal con el ánimo de cubrir todas las dimensiones de la experiencia vital de la persona biografiada. Estamos, más bien, ante una *biografía parcial exhaustiva* de Mario Onaindia. Con prosa elegante y mordaz, el autor nos presenta un análisis bien documentado de ese diálogo ininterrumpido que Mario sostuvo consigo mismo y con su legión de interlocutores al hilo de la identidad nacional de los vascos y de la búsqueda de ese *ex pluribus unum* imprescindible a todo proyecto social. A la búsqueda de esas bases cementadoras dedicó Onaindia lo mejor de sus desvelos intelectuales.

Si se trata de una empresa siempre en equilibrio precario en toda sociedad, a partir de la década de 1960 la convivencia en el País Vasco adquirió aristas de incivildad como corresponde a esa política de la atrocidad que ha sido (porque el tiempo verbal pasado parece imponerse de forma irreversible) el terrorismo etarra. Siempre desde un profundo compromiso con la sociedad vasca, este recorrido de perímetro nítidamente delimitado por Molina de afección y desafección con las definiciones en circulación de la patria vasca vino punteado en Onaindia por ortodoxias, heterodoxias y herejías varias. Su análisis forma el núcleo de lo que el biógrafo se refiere como «biografía patria». Una biografía que arranca con su conversión en icono de los libertadores del pueblo vasco a raíz del proceso de Burgos, cuando oficia de auténtico «productor de nación»; que prosigue con la heterodoxia de su propuesta posnacionalista y su mirada nostálgica al fuerismo liberal decimonónico como argamasa de la sociedad vasca y, como última etapa; que culmina con la herejía que suponía para la religión de la patria abertzale el abrazar un patriotismo constitucional con la defensa incondicional de la libertad como su eje vertebrador. En los años finales de su vida, esa defensa le obligó a vivir con escolta, único escudo, recurso último, para protegerse contra quienes, habiéndole expulsado primero del ámbito de obligación moral, albergaban la malsana intención de eliminarle también del reino de los vivos, tal y como hizo ETA

con sus amigos y correligionarios Fernando Buesa, José Luis López de la Calle y Joseba Pagazaurtundua. La libertad para él era algo más que una metáfora; era una cuestión existencial en su más estricta literalidad.

En estas etapas, que el biógrafo disecciona con solvencia y maestría, Onaindia ejerció como referente moral de una subcomunidad reducida pero influyente en el devenir vasco, que podemos identificar con las siglas del partido que fraguó y animó, Euskadiko Ezkerra. No resulta baladí su identificación con la figura del guía en los westerns de que se da noticia en el libro porque, de forma pretendida o no, en eso se erigió durante su vida política, que coincide con toda su vida adulta; en un referente indignado radical contra la indiferencia de la sociedad vasca frente a los embates liberticidas del mismo terrorismo cuyas semillas contribuyó a sembrar y alimentar. Una referencialidad que, por lo demás, bebía de sus credenciales de «gudari» que había sacrificado en la fase terminal del franquismo vida y libertad por la causa jingoísta, credenciales que se engrandecieron cuando acabó sus días acosado por quienes le colgaron el estigma de traidor y, en otro juicio sumarásimos (el segundo del que era víctima en su vida tras el franquista) le condenaron como elemento sobrante en su definición de la patria soñada. Macabra circularidad ésta que condensa el drama que todo un país ha sufrido en las últimas décadas.

Cuando el personaje está bien traído y mejor tratado, la virtualidad que presenta toda biografía parcial (en el sentido apuntado) trasciende la persona del biografiado para epitomar las vivencias de un grupo social y político más amplio. En este sentido, la biografía patria de Onaindia adquiere contornos generacionales. Sería el exponente más acabado de una juventud que, socializada en el franquismo y desencantada con la pasividad del PNV, durante la década de 1960 contribuyó a alimentar el monstruo que ha sido ETA para, a continuación, y asolados por el sentimiento de culpa, intentar expiarla colocándose en primera fila de la respuesta cívica frente al terrorismo. En clave identitaria, su trayectoria se resume en el esfuerzo constante por trascender identidades simples, unívocas y absolutizadas para abrirse a identidades complejas, plurales y líquidas, ya no ligadas a constructos abstractos como la nación, sino a valores como la libertad. De ahí que su evolución ideológica se pueda resumir diciendo que fue un abertzale marxista (en ese orden: sustantivo y epíteto) hasta la Transición para acabar como un constitucionalista liberal de izquierda. Dicho de otro modo: al mismo paso que Onaindia iba descubriendo y valorizando al individuo, se sacudía lealtades comunitaristas de etiología variada. Pero con un hilo conductor siempre presente: la crítica al abertzalismo en sus diferentes familias desde parámetros progresistas.

Apostilla esta última que nos llevaría al problema del estrechamiento excesivo de la biografía de Onaindia que reseñamos hasta verla reducida a su quintaesencia patria. Ciertamente, no está en el ánimo del biógrafo abarcar dimensiones del biografiado más allá de su relación con la nación y la patria. Ahora bien:

hubiese resultado oportuno incorporar otros aspectos de su pensamiento político que explicarían, por ejemplo, que su alejamiento progresivo de la familia nacionalista no derivase en posturas conservadoras. El reduccionismo de la biografía a la dimensión patria acaba de alguna manera ahogando y minusvalorando la complejidad del pensamiento de Onaindia y su firme adscripción al campo de la izquierda.

El trabajo de Fernández Soldevilla y de López Romo presenta perfiles diferentes. Ahora se trata de abundar en los patrones ideológicos y organizativos de ese entramado que, habida cuenta que la identidad nacional es *el* vector que ha primado en esa constelación sobre cualquier otro, y sacudiéndose cualquier tentación de ambigüedad, nuestros historiadores denominan «nacionalismo radical». Si Molina se centra en la secularización patria en el caso de un individuo concreto, Fernández Soldevilla y López Romo prefieren focalizar la mirada en la subcomunidad nacionalista radical, en sus dos caras desde la Transición: EIA y EE hasta su rechazo explícito de los medios violentos para articular el todo social (con Onaindia en un papel estelar), por un lado, y el conglomerado de organizaciones de movimientos sociales, partidos políticos y ETA que conforman el autodenominado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV), por otro lado.

El título de la obra resulta bien expresivo: *Sangre, votos, manifestaciones*. Por ese orden. Tres lógicas de acción sincrónicas y coordinadas para un mismo actor sociopolítico, y que son: la lucha por los votos, la lucha por la calle y el terrorismo como forma de homogeneizar un cuerpo social presidiendo las otras dos lógicas, cual espada de Damocles a la que le cortaron el hilo en más de 800 ocasiones. La concurrencia a elecciones es la forma de medir el grado de aprobación de un proyecto ideológico en toda democracia, labor que han desempeñado Herri Batasuna y sus marcas electorales sucesoras. La política de calle es una actividad legítima en todo sistema político liberal que hace de la deliberación pública libre y abierta sus prerequisites funcionales, misión movilizatoria ésta que viene encomendada a organizaciones de movimientos sociales de ámbitos como el feminismo y la defensa del medio ambiente (tema al que dedican un capítulo, y que bebe de un libro anterior firmado por Raúl López titulado *Años de claroscuro. Nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi, 1975-1980*). La tercera lógica, la práctica violenta con coartada política, sobrevuela todos y cada uno de los capítulos que conforman la obra. No en vano la disposición martirial de los «gudaris de hoy» ha reservado a la organización terrorista la dirección y coordinación del entramado del MLNV en su letal división del trabajo, según el principio de que quien arriesga vida y libertad adquiere el derecho para contar con una mayor capacidad decisoria en todos los planos y formas de intervención.

Los referentes políticos del nacionalismo radical (Euskadiko Ezkerra hasta su abandono de la religión política nacionalista, su precedente inmediato EIA y

Herri Batasuna) son objeto de tres capítulos monográficos en los que los autores diseccionan sus vectores ideológicos, analizan su evolución y dan cuenta puntual de sus contradicciones internas. Desde un enfoque de historia política y social (también cultural, aunque en medida más diluida, pese a la voluntariosa declaración inicial de intenciones de los autores), y haciendo gala de un manejo exquisito y combinado de fuentes documentales de primera mano (revistas de época, archivos, etc.) y de fuentes orales (un abanico de entrevistas a quienes protagonizaron los acontecimientos objeto de estudio, en particular en lo que concierne a ETApM y sus brazos políticos EIA y EE), los autores dan cuenta de la transición hacia el cauce democrático de unos, el conglomerado integrado por ETApM, EIA y EE, así como de la perpetuación del MLNV en la incivilidad. La clave para comprender la disimilitud de las vías seguidas por uno y otro estriba en saber quién tomó el mando. La trayectoria de los *polimilis*, EIA y EE desvela que la lógica política se impuso a las armas; la de ETAm y HB apunta justo en la dirección contraria. La declaración de cese del terrorismo por parte de ETA en octubre de 2011 es buena prueba de que para doblegar a una organización terrorista con un (relativamente) amplio colchón social el factor clave es que quienes en su seno apuesten por la vía institucional para alcanzar objetivos políticos acaben imponiéndose sobre los adalides de la violencia. ¿Cómo y por qué, partiendo de un mismo tronco doctrinal común (la defensa irredenta y violenta de una Euskal Herria desgajada del ancestral enemigo sojuzgador que es España), EIA/EE/ETApM fue asimilando la pluralidad intrínseca a la sociedad vasca y la gestión de la misma por procedimientos democráticos, en tanto que HB/ETAm vino reproduciendo hasta ayer mismo el caldo de cultivo de la incivilidad? El libro de Fernández Soldevilla y López Romo aporta las claves para comprender estas rutas disímiles (igual, por lo demás, que el de Molina personaliza la respuesta en el caso de Onaindia).

Hay más ingredientes anexos en la disección del nacionalismo radical vasco de las últimas décadas que los autores cubren con rigor. Elementos necesarios todos ellos para abordar esa pregunta que pone el cierre al libro en forma de epílogo, la madre de todas las preguntas en el País Vasco contemporáneo: «¿Por qué ha prendido la violencia política en Euskadi?». Ahí entrarían las cuestiones referidas a la delimitación del perímetro identitario, esto es, quién reúne los requisitos para ser de los «nuestros» y quién, por tanto, queda excluido del ámbito de obligación moral de la comunidad. A este tema dedican, de forma explícita o implícita, un total de tres capítulos: el que abre el libro procediendo a un recorrido histórico desde Sabino Arana a ETA de los criterios de pertenencia al endogrupo (desde la raza y la religión a la ideología pasando por el idioma, según el momento histórico y el actor político en cuestión); otro que versa sobre la fallida Cumbre de Chiberta en 1977 y su intento por crear un frente aglutinante de todas las fuerzas abertzales, pacto al que el PNV no se mostró dispuesto y, por último; otro capítulo que lleva por título «La muerte del

“español”» sobre las formas de representación del enemigo de la patria. No se agota aquí el exhaustivo ensayo de nuestros autores. Por el libro desfila todavía un capítulo focalizado en los estrechos vínculos mantenidos entre el ultranacionalismo vasco y de gran parte de la extrema izquierda, compañera de viaje aquiescente y acrítica de la violencia de motivación política practicada por las distintas organizaciones terroristas operando en suelo vasco. Completa la obra un útil bloque de anexos con cronologías, árboles genealógicos varios, resultados electorales y cifras de asesinatos.

En suma, estamos antes dos productos de una nueva generación de historiadores vascos comprometidos con el devenir de su país y que, con un compromiso cívico en el frontispicio de su quehacer, convierten a la historia en una herramienta para que nunca más la violencia sectaria condicione la vida de toda una sociedad.

Jesús Casquete

GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel, BEASCOECHEA GONGOITI, José María y ZARRAGA SANGRONIZ, Karmele (eds.): *Procesos de transición, cambio e innovación en la ciudad contemporánea*, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 2011, 701 pp.

El volumen que nos ocupa recoge una selección de 33 de las ponencias que se presentaron al IV Congreso Internacional Hispano Mexicano (Bilbao, 2009). Cabría subdividir de manera sumaria estas contribuciones en dos grandes bloques. Tras la conferencia inaugural de Horacio Capel un total de 14 ponencias se centraron en cuestiones relativas a la población. Las cinco primeras se vuelcan en problemas relacionados con la sanidad: Silvia Méndez analiza la incidencia de las epidemias en Xalapa, cuatro ponentes se interrogan sobre la relación entre nutrición, higiene y mortalidad urbana en el conjunto de España (Isabel Castelló y José Pina) o las ciudades de Alacant (Mercedes Pascual), Madrid (Eugenia Galiana y Josep Bernabeu) o Valencia (Ximó Guillem-Llobat). Los cuatro últimos trabajan en el seno de sendos Grupos de Investigación, sobre Salud Comunitaria, o sobre Historia de la Medicina —el último—.

Tres comunicaciones se centran en México y analizan cuestiones como los efectos del proceso de reforma agraria (Filiberta Gómez), los cambios en la ciudad de Veracruz desde 1950 (Silvia Méndez) o las poblaciones indígenas que migran a la capital (Héctor Vega). Las restantes ponencias corresponden a la Península Ibérica y se encuadran en la demografía histórica. Tres estudian los movimientos de población (Alejandro Román) y la demografía (Francisco Villatoro) en la bahía de Cádiz, y las repercusiones de la alfabetización en tres ciuda-

des de Andalucía Oriental (David Martínez, Manuel Martínez y Gracia Moya). Otras tres son obra de miembros del Grupo de Demografía Histórica e Historia Urbana de la UPV (Manuel González Portilla, José Urrutikoetxea, Rocío García, Arantxa Pareja y Karnele Zarraga) y analizan las migraciones en la ría de Bilbao y los cambios educativos y familiares en Gipuzkoa.

Las 17 comunicaciones restantes dirigen su mirada a la construcción de la ciudad. Seis de ellas constituyen otras tantas reflexiones sobre los procesos de innovación: espacios inteligentes (Ander Gurrutxaga y Alfonso Unceta), innovación tecnológica y social (Javier Etxeverría), la articulación entre creatividad y planificación (Auxkin Galarraga, Alvaro Luna y Sandra González) o la ausencia de esta última en Santo Domingo (Joel Arboleda), la cuestión de las identidades plurales (Alberto Spektorowski) y la construcción de entornos psicológicamente sostenibles (Mikel Villarreal y Eduardo Apodaka). Otros cinco papers vuelven su mirada a México y analizan ciudades como Puebla, en el conjunto de su historia y desde una perspectiva demográfica (Carlos Contreras y Cristina Pardo), en época colonial y con enfoque ecológico (Rosálva Loreto); Veracruz (Carmen Blázquez y Gerardo Galindo); o la transformación de ciudad de México, de capital del virreinato (Regina Hernández) a la de un estado independiente (Silvia Segarra). Finalmente siete ponencias vuelven a centrarse en España: el papel de las élites municipales en la transformación de Valladolid (Pedro Carasa), la reforma interior de Granada en el s. XIX (Ricardo Anguita), las ciudades balneario (John Walton), la conformación del Bilbao Metropolitano (Susana Serrano, Pedro Novo y José María Beascoechea), las políticas de vivienda a lo largo del s. XX (Isabel Rodríguez Chumillas) y el desarrollo normativo reciente del derecho a la vivienda (Pilar Garrido). Y finalmente las especificidades de la geografía del paisaje (Dolores Brandis, Isabel del Río, Elia Canosa e Isabel Rodríguez).

En el ejercicio de volver la mirada al pasado la historia nos aporta perspectiva acerca del camino que hemos recorrido y el estudio del oficio de historiador no constituye una excepción a este enunciado general. Hace apenas diez años John Walton¹ se hacía eco de un monográfico recién salido de imprenta de la revista *Historia Contemporánea*,² y constataba la abundancia y diversidad de la producción española encuadrable en temas de historia urbana, pero también que esta disciplina no se había institucionalizado académicamente: faltaban una enseñanza específica en historia urbana, asociaciones y congresos sobre el tema, una revista especializada y obras de síntesis a nivel estatal. Desde entonces se han producido novedades y una de las más significativas es la consolidación de la corriente de estudios regionales que se han aplicado al estudio de la historia urbana

¹ John K. Walton, «Current trends in nineteenth- and twentieth-century Spain urban history», *Urban History* 30, 2003: 251-265.

² Monográfico de *Historia Contemporánea* 22, 2002, dedicado a la historia urbana.

en la edad contemporánea, trabajos marcados por el diálogo interdisciplinar y la relativización de los cortes cronológicos. Estos estudios suelen respetar el habitual marco que las comunidades autónomas han venido proporcionando para definir la escala y la organización de los equipos de investigación: el amplio equipo de la Universidad del País Vasco coordinado por Manuel González Portilla, y por Pedro Novo, José María Beascochea y Karmele Zarraga, que han estudiado exhaustivamente la red urbana de la Ría de Bilbao y en general el conjunto del espacio vasco; el grupo de la Universidad Complutense de Madrid coordinado por Luis Enrique Otero, que han concentrado en los últimos años sus energías en el Madrid del ensanche; el grupo dirigido por David Martínez y Manuel Martínez que analizan cuatro ciudades de la Andalucía Oriental, y el equipo coordinado por Julio Pérez Serrano que se centra en la bahía de Cádiz. Estos estudios han abordado problemas clásicos (repercusión de la industrialización, construcción del tejido urbano, de la red de equipamientos, políticas municipales, transición sanitaria) en estrecha relación con otras cuestiones vinculadas a la demografía histórica del mundo urbano (familia, inmigración, mercado de trabajo —en particular su feminización—, educación y conformación del capital humano, sociabilidad). Y lo han hecho adoptando metodologías similares, otorgando especial relevancia a la elaboración de bases de datos a partir de padrones municipales, y cruzándolos con datos cuantitativos y cualitativos procedentes de documentación parroquial, notarial, o de la prensa y literatura de la época.

Dada la aún limitada institucionalización de la historia urbana en nuestro país,³ todos estos grupos han procedido a intercambios en el seno de espacios académicos plurales con especialistas procedentes de disciplinas afines también interesadas en la problemática urbana: la geografía, la historia del arte, la historia económica y la historia de la arquitectura y el urbanismo. Dentro del último colectivo valgan como muestra las investigaciones de José Luis Oyón sobre la Barcelona obrera (cuya ponencia a este mismo congreso fue editada en *Historia Contemporánea*). En cuanto a la gran corriente de geografía urbana interesada en arrojar una mirada histórica sobre la construcción de la ciudad se encontrarían ahí entre otros los herederos de las escuelas de Fernando de Terán en Madrid, Horacio Capel en Barcelona y Francisco Quirós en Oviedo.

Finalmente y en paralelo, aquellos grupos regionales de historia urbana contemporánea han ido construyendo un marco de sociabilidad que ha extendido su mirada a la evolución paralela de los territorios que antaño integraran la monarquía Hispánica en la Península y América, mediante la organización entre la Universidad de País Vasco y la Universidad mexicana de Puebla de los cinco Con-

³ J.M. Cardesín y J. Mirás, «A Spanish Perspective: 8 Theses on a National Urban Historiography», *9th Conference of the European Association of Urban Historians*, Lyon, VIII/2008 (publicado en CD, 2010).

gresos Hispano-Mexicanos de historia urbana que se han venido celebrado desde 2002 en Puebla, Bilbao y Granada. Dos de los tres primeros congresos habían publicado ya sus actas.⁴ El volumen que aquí comentamos constituye el tercero. Cabe confiar en que otros nuevos se les añadirán en un futuro próximo.

José María Cardesín

LANGEWIESCHE, Dieter: *La época del Estado-nación en Europa*, Universitat de València, Valencia, 2012, 183 pp.

En 1876 Víctor Hugo escribió: «Las crueldades que tienen lugar en Serbia ponen de manifiesto, sin lugar a dudas, que Europa necesita una nacionalidad europea, un gobierno, una gran institución de equilibrio fraternal..., en una palabra; los Estados Unidos de Europa». Mucho más tarde de lo que Hugo hubiera deseado, y solo tras la conmoción provocada por la II Guerra Mundial y la reflexión abierta sobre el futuro del *viejo* continente en el nuevo orden internacional —en 1946 era Churchill quien invitaba a «construir una especie de Estados Unidos de Europa»—, la edificación de una Europa unida echó finalmente a andar. Se abrió así un proceso absolutamente original, del que no existe precedente histórico alguno. Un proceso que ha acabado planteando un serio interrogante sobre la supervivencia de los Estados-nación que lo alimentan, pues aunque se optara por una vía funcional y no federal en su construcción, el horizonte de ésta ha sido desde sus orígenes más ambicioso y ha empujado a los Estados nacionales a ceder parte de su soberanía a una unión supranacional. ¿Ha llegado a su fin la época del Estado-nación?, ¿ha completado esta extraordinaria y universalizada creación europea del siglo XIX su ciclo histórico?

No hay respuesta a interrogante de tal magnitud en este libro. Ni pretensión de darla, pues como advierte Dieter Langewiesche, historiador austriaco y profesor en la Universidad de Tubinga, la Historia no puede proporcionarla, pero sí explicar cuáles han sido hasta el momento las funciones del Estado-nación, y de la idea de nación que lo sustenta, y qué problemas puede plantear la pérdida de las mismas. A ello se dedica buena parte del libro, un conjunto de ocho ensayos publicados originalmente en alemán y traducidos por el profesor de la Universidad de Valencia Jesús Millán, quien firma, junto a M.^a Cruz Romeo, también profesora en dicha universidad, la introducción al mismo. Pero el Estado-nación, y la

⁴ Ver José María Beascochea, Manuel González Portillo y Pedro Novo, eds., *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2006. Y Carlos Contreras y Claudia Pardo, eds., *La modernización urbana en España y México*, Universidad de Puebla, 2009.

identidad nacional que le sirve de soporte, no es la única temática de la obra; hay una segunda, ligada a ella y no menos relevante, aunque ocupe solo dos de los ocho ensayos del volumen; el liberalismo, la ideología dominante del siglo XIX, que Langewiesche aborda también desde un interrogante abierto en nuestro presente; ¿qué es y para qué sirve hoy el liberalismo?, ¿cuál es la relación entre liberalismo y mercado? Son por tanto inquietudes actuales las que motivan el estudio historiográfico que nos ocupa, y también las que están en su finalidad última; su objetivo es extraer enseñanzas de la Historia que aplicar al presente, recorrer *espacios de experiencia histórica* —en expresión utilizada por el propio autor— de los que aprender para afrontar los desafíos de nuestros días. Todo un ejercicio de *Historia magistra vitae*.

La obra comienza con un análisis de los distintos modelos de Estado-nación que han existido en Europa desde que se impuso en el siglo XIX la idea del «homo nationalis», la idea de que toda persona deber ser miembro de una nación y ciudadano de un Estado nacional. Ninguno de ellos, sostiene Langewiesche, sirve para la Unión Europea, que «debe desarrollar un modelo de ordenamiento novedoso, no experimentado históricamente» en un camino «que conduce fuera de los Estados nacionales heredados», porque desde su origen siempre concentraron poder, apoyándose en una idea de soberanía «que no estaba capacitada para una federación» (p. 37). Una tradición histórica que solo será posible romper, añade, si la Unión Europea es capaz de desarrollar estructuras de participación democrática que permitan sobrepasar la superioridad que desde finales del siglo XVIII ha tenido el Estado nacional sobre los demás modelos de Estado, superioridad fundada en la promesa de participación democrática de los ciudadanos en la política, que le ha caracterizado desde su origen y ha legitimado su actuación. Por eso, como advierte en el segundo capítulo, no es tarea fácil dejar atrás el Estado-nación, por eso y porque se trata de una construcción social edificada sobre un depósito histórico, a pesar de que el uso abusivo de la fórmula «invención de la nación» o «comunidad imaginada» pueda sugerir lo contrario. Y para explicar esto recurre a Elías Canetti, incluso a Ernest Renan, realizando una interesante relectura de su fórmula de la nación como plebiscito diario, y a los procesos de construcción de identidades nacionales en Alemania y Francia, sobre los que vuelve varias veces a lo largo de la obra (procesos que evoca la acertada imagen de su portada).

Langewiesche explica detenidamente en el tercer capítulo qué ofreció la idea de nación para convertirse en un canon atractivo sin competencia posible, «el ideal emancipatorio por excelencia», «la idea con más fuerza de la modernidad» en todo el mundo (p.71). Y cifra la clave en la promesa de oportunidades de participación política, social, económica y cultural que realiza al ciudadano —promesa, advierte, que solo puede ser realizada si se organiza como Estado—, ofreciéndose como «comunidad de recursos» igualitaria, que promete igualdad entre sus miembros (otra cosa es la cuestión de quién queda dentro o fuera de la nación), y que siempre se plantea abierta hacia el futuro. Pero ese ideal igualitario

tiene otra cara, añade, la de la intolerancia hacia quienes son estigmatizados como culturalmente diferentes implícita en toda idea nacional en cuanto ideal de homogenización, cuestión ésta a la que dedica el quinto ensayo de la obra, en donde expone con toda su crudeza la relación entre nación, violencia y guerra. Retrata así las dos caras de la idea de nación —esos dos *rostros de Jano* a los que alude fugazmente en el prólogo y que definen su análisis—, abordándola en toda su complejidad y ambivalencia para huir de simplificaciones deformantes de uno u otro signo. La disección que realiza de esa idea se completa con dos ensayos más dedicados a explicar las conflictivas relaciones establecidas entre nación y religión, centrándose especialmente en el caso del Judaísmo y del Islam, y entre nación y monarquía, explicando cómo logró sobrevivir esta vieja institución en el siglo XIX frente a la amenaza que representaron para ella el constitucionalismo y la nacionalización.

También el liberalismo, el otro gran tema de la obra, es tratado en toda su complejidad y ambivalencia —fuerza revolucionaria y a la vez doctrina de conservación política y social—, y abordado igualmente desde las inquietudes de nuestro presente. La crisis abierta en 2008 ha asociado inextricablemente en los imaginarios colectivos liberalismo y mercado desregulado, distorsionando la imagen del liberalismo histórico y llenando de pertinencia la pregunta de qué es realmente el liberalismo. Langewiesche se ocupa de ello en el excelente penúltimo capítulo, planteándose no solo qué es sino para qué sirve el liberalismo hoy día. Lo hace desde las propuestas y reflexiones que han planteado pensadores como Fukuyama, Ackerman, Dahrendorf o Rawls, a los que interpela para explicar que la regulación de la economía es necesaria para garantizar el ideal de igualdad del liberalismo; que los derechos sociales son uno de los tres planos —jurídico, político y social— que abarca históricamente, si bien con tiempos distintos, esa igualdad; y que aunque haya entrado en crisis el Estado social que garantizaba ese plano, pueden y deben buscarse nuevas soluciones para seguir haciéndolo. No duda en plantear la que entiende como única garantía posible; debería surgir, dice, «un liberalismo transnacional que plantee estructuras de derechos del ciudadano que vayan más allá de las fronteras del Estado-nación» (p. 140). Sobre la relación entre liberalismo y mercado vuelve en el último capítulo del libro, pero observándola a través de las relaciones mantenidas históricamente entre liberalismo y marxismo, que propone entender no solo en términos de oposición (una ideología centrada en el individuo frente a otra centrada en el colectivo) sino también de competencia y mutua influencia.

El estudio de Langewiesche se apoya en un material teórico de altísimo nivel y sus notas a pie de página, ricas en referencias bibliográficas, son una excelente puerta de acceso a la historiografía germana sobre los temas analizados. Podría objetarse el trato descompensado —en páginas— de las dos temáticas de la obra, pero es una cuestión menor ante el magistral trabajo historiográfico desplegado en ella, lleno de elementos para la discusión capaces de inspirar miradas renova-

das sobre el tema. Y en este punto hay que agradecer a Jesús Millán y M.^a Cruz Romeo su esfuerzo por estimular el debate historiográfico sobre el Estado-nación impulsando la edición de este sugerente libro, y a la Universidad de Valencia la cuidada y atractiva publicación que ha realizado del mismo. Una obra de lectura ineludible, no solo para todo estudioso del siglo XIX, sino para cualquier persona preocupada por entender su presente.

Coro Rubio Pobes

LÓPEZ ROMO, Raúl: *Años en claroscuro. Nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi (1975-1980)*, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 2011, 314 pp.

Tenemos delante una obra, basada en la tesis doctoral del autor, reflejo de las líneas de investigación sobre la influencia de la sociedad civil y de la conflictividad social en el proceso de Transición. Para analizar esta conflictividad social, se detiene en el análisis de las características de las organizaciones de los movimientos sociales, los marcos interpretativos que dan sentido a la participación de los individuos (símbolos, ideología...) y las características del contexto político. ¿Por qué escoge el movimiento gay, feminista y antinuclear como objetos de estudio? López Romo lo justifica en base a que los tres surgen prácticamente al mismo tiempo, por abrir el concepto de la política más allá de la vía institucional y por el sesgo libertario, interclasista y de izquierdas de dichas organizaciones. Al mismo tiempo, tiene presente la existencia previa de otros movimientos sociales «madrugadores» (obrero, estudiantil, vecinal), que ayudarían en la creación de nuevos movimientos sociales al proveerles de recursos como locales, activistas y experiencia movilizadora (caso de las asociaciones de familias y de vecinos).

Previamente a la visibilización de los nuevos movimientos sociales ante la sociedad vasca, se desarrolló una fase de latencia, donde se conformaron redes sociales, referentes compartidos acerca del mundo (identidades) y oportunidades políticas que favoreciesen la acción colectiva. La construcción de identidades compartidas no se puede desligar de la producción científica acerca de la sexualidad, el patriarcado y los riesgos de la energía nuclear, la recepción de literatura militante, los viajes al extranjero de futuros activistas, la presencia de las temáticas en los medios de comunicación y la transferencia de influencias culturales.

A nivel teórico, López Romo ha escogido todas aquellas aportaciones que ayudan a explicar las motivaciones individuales y a las capacidades organizativas de los grupos. Para ello, emplea las aportaciones de Alberto Melucci (las «redes sumergidas») y de Doug McAdam («contextos de micromovilización»). Respecto a las identidades, utiliza el esquema de David Snow, Robert Benford y Scott Hunt, basado en la cohesión del «nosotros» (protagonistas), la construcción de un

«ellos» (antagonistas) y la concepción de aliados y simpatizantes susceptibles de participar en las protestas (audiencias).

La aparición pública de cada uno de los nuevos movimientos sociales en 1977 coincidió con otras protestas relacionadas con la crisis económica, la amnistía, el reconocimiento y promoción del euskera, la reclamación de autogobierno y descentralización. El movimiento gay, representado por la EHGAM, se marcó como objetivo la derogación de la Ley de la Peligrosidad Social. El movimiento feminista, con las Asambleas de Mujeres, en la despenalización del aborto y del divorcio. El antinuclear, con la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear y los Comités Antinucleares, en los proyectos de construcción de centrales nucleares, sobre todo la de Lemóniz. Aunque los movimientos gay, feminista y antinuclear congregaron de manera desigual a simpatizantes y activistas, también compartieron rasgos comunes. Así, el movimiento gay y feminista abogaban por luchar contra la discriminación por razones de género y de orientación sexual, para lo cual promovieron centros de planificación familiar y otros recursos, anticipándose a las autoridades.

La trayectoria de los tres nuevos movimientos sociales analizados se cruzó, en los llamados «años de plomo» (1978-1980), con el pretendido protagonismo de ETA y su entorno en la sociedad vasca. ETA mostró indiferencia hacia el movimiento gay y un oportunismo puntual y estratégico en los casos de los movimientos feminista y antinuclear, respectivamente. En el primer caso, por la menor resonancia mediática y capacidad de lo gay respecto a otros movimientos y por representar lo opuesto a los valores del heroísmo viril promovidos por el militarismo de la organización. Respecto al movimiento feminista, trató de instrumentalizarlo de forma que redundara en su prestigio como organización, a pesar de su machismo interno. En cambio, la lucha contra la central nuclear de Lemóniz en clave nacional actuó como motor movilizador que sustituyó a la lucha pro-amnistía. Curiosamente, ETA evolucionó desde sus planteamientos pro nucleares a comienzos de los sesenta a identificar a Iberduero, promotora de la central nuclear, como el enemigo principal del pueblo vasco. Todo ello dentro de un nuevo marco de protesta en el que se pasaba de la lucha antifranquista a la «lucha de liberación del pueblo vasco», en la que la negación de la democratización era uno de sus vectores.

El libro se cierra con una serie de conclusiones acerca de la naturaleza y alcance del proceso de Transición: no sólo como un escenario de recambio institucional, sino además de fuertes dinámicas sociales y culturales. Dinámicas en las que feministas y gays, en algunos casos, tuvieron que afrontar su propia transición personal. Los nuevos movimientos sociales, insertos dentro de un ciclo de protestas iniciado en los setenta en las sociedades occidentales, contribuyeron al cambio cultural. Lógicamente, pese a los avances legales, el machismo y la homofobia no desaparecieron de la noche a la mañana, debiendo la ciudadanía asumir un aprendizaje continuo. Paralelamente, se asistió a un descenso,

que no desaparición, de la movilización social motivado por el fin de la dictadura, la consecución de algunas de las demandas fundamentales y la implantación de cauces democráticos donde canalizar las reivindicaciones. López Romo destaca que el desencanto por las expectativas del cambio político frustradas se concretó en una pérdida de protagonismo de las movilizaciones, el aumento progresivo de las tasas de abstención y, lo que es quizá novedoso, el alejamiento de la participación social activa de simpatizantes y activistas de los movimientos sociales ante la percepción de actitudes poco integradoras y sectarismos. Sin negar esto último, no obstante, convendría analizar si se ha fomentado verdaderamente una participación ciudadana en el actual régimen democrático. O si, por el contrario, se ha obstaculizado a nivel legal y burocrático, como señalaron Holm-Detlev Köhler y Manuel Jiménez Sánchez en sendas monografías, publicadas en 1995 y 2005.

El cuadro no quedaría completo sin recordar el escenario específico de la Transición en el País Vasco: la existencia de unas instituciones débiles, la persistencia de la violencia política y la actitud ambigua de las organizaciones de los movimientos sociales ante el terrorismo y las nuevas instituciones democráticas. Tanto la movilización social como la violencia política exigieron una respuesta a la sociedad vasca, que se tradujo bien en su participación, bien en su silencio.

En este sentido, resulta desalentador comprobar que la sociedad civil no siempre ha desempeñado un papel democratizador. Las conductas irrespetuosas y de dominio en las asambleas del movimiento feminista por razones de purismo revolucionario o la actitud ambigua hacia la violencia de ETA de una parte de los nuevos movimientos sociales en el País Vasco, en especial el antinuclear (que nunca se pronunció públicamente en contra de la misma), así lo atestiguan. He aquí una demostración de la pretensión de Raúl López Romo por acometer una historia sociocultural de la Transición, con sus grandezas y miserias, sin caer en generalizaciones que atribuyen valores positivos a todo lo que proviene de abajo y negativos por naturaleza a todo lo que procede de arriba. Porque las relaciones de poder también se reproducen a pequeña escala, desde abajo.

Javier Contreras Becerra

MONTERO, Manuel y VILLA, Imanol: *Las batallas de Zumalacárregui. Aciertos y limitaciones de un líder militar legendario*, Txertoa, San Sebastián, 2012, 260 pp.

Bien conocidos por sus trabajos sobre la historia contemporánea del País Vasco, en este trabajo Manuel Montero e Imanol Villa se acercan a uno de los personajes más interesantes, controvertidos e influyentes de esa historia contem-

poránea vasca. Personaje que, sin embargo, había quedado un tanto relegado entre los historiadores vascos, más preocupado por el análisis como tal del carlismo que por sus grandes líderes. De ahí la abundante bibliografía que tenemos hoy en día para este movimiento tan decisivo en la contemporaneidad vasca hasta fechas no tan lejanas. Es más, tampoco la bibliografía española en general se ha preocupado en exceso de estas grandes figuras del carlismo. El déficit biográfico, frente a la historiografía británica o francesa, que hemos padecido hasta hace bien poco puede ser una explicación. Certeramente, en los últimos años las biografías están inundando nuestro mercado editorial y renovando la historiografía con resultados francamente extraordinarios en muchos casos. Precisamente, en esta línea habría que mencionar la obra de Fernando Bellver, *Tomás de Zumalacárregui*, aparecida en 2010. Con esta excepción, hasta ahora han seguido siendo fundamentales para acercarse a este personaje las obras clásicas de Francisco de Paula Madrazo, Zaratiegui y Henningsen, escritas en el mismo siglo XIX. Por eso la relevancia de este trabajo y lo significativo de que sean dos historiadores vascos los que hayan decidido acercarse a la figura de Zumalacárregui.

Sin embargo, Montero y Villa no recurren a la técnica biográfica, como hace Bellver, a la hora de enfocar su obra. Desde luego, los datos biográficos están ahí, pero el abordaje es diferente. Como bien se indica en el título, los autores han tratado de analizar cómo Zumalacárregui se convirtió en un líder indiscutible del movimiento carlista desde la sublevación a finales de 1833 hasta su muerte en junio de 1835. En menos de dos años el general devino una figura clave de la historia del País Vasco. Líder indiscutible en su época, una leyenda tras su muerte y en la actualidad objeto de interpretaciones espurias por parte de un cierto sector del nacionalismo vasco radical que ha querido ver en él una especie de libertador del pueblo vasco frente a la «tiranía española». Por supuesto, esta visión falsa de la historia y de su figura no nos interesa, ni a los autores tampoco, en absoluto. No así las otras dos, ya que Zumalacárregui ni fue un político ni un ideólogo, sino simplemente un militar, que, gracias a su gran carisma entre sus filas, logró convertirse en una leyenda. A diferencia de otros militares políticos del siglo XIX, este militar guipuzcoano nunca sobresalió en política. Es más, ni siquiera en el terreno militar había tenido un papel preponderante antes del estallido de la Primera Guerra Carlista. Fue entonces cuando tuvo la habilidad y capacidad suficientes para armar un verdadero ejército a partir de un puñado de partidas campesinas. Un ejército capaz de enfrentarse con éxito al ejército liberal, mucho mejor preparado y, en principio, con mayor experiencia. Por esta razón los autores se centran en esta circunstancia: cómo, gracias a su carisma, a sus dotes de mando y organización y a su disciplina, fue capaz de crear un ejército temido y respetado por los generales más conspicuos del ejército cristino. Estudiando las batallas a las que tuvo que hacer frente Zumalacárregui, Montero y Villa analizan sus tácticas y maneras de hacer, las cuales tanto contribuyeron al afianzamiento del carlismo, sobre todo, en territorio vasco-navarro. Tales victorias, además de favore-

cer la forja de su liderazgo y de su leyenda, sirvieron igualmente para cimentar el carlismo y darle alas. ¿Pero tales victorias fueron debidas al genio militar de un estratega extraordinario? No parece, a tenor de lo expuesto en este trabajo. Algo hubo, desde luego, pero tampoco hay que olvidar que en su éxito hubo mucho de fortuito, además de otros hechos tan objetivos como un buen conocimiento del terreno, por ejemplo. En cualquier caso, lo cierto es que con sus victorias su figura no dejó de engrandecerse y de infundir respeto e incluso admiración entre sus adversarios.

El problema vino, sin embargo, en la primavera de 1835, cuando se decidió atacar Bilbao, auténtico epicentro del liberalismo vasco en particular y español en general. Una ciudad que representaba la modernización y espacio natural de una burguesía interesada en los negocios, alejada, ciertamente, de los postulados políticos que representaba el carlismo. Desde luego, Zumalacárregui hubiese preferido avanzar hacia Madrid en lugar de asediar Bilbao, pero finalmente se plegó a los deseos de Don Carlos y de su corte. La toma de Bilbao habría de tener unas consecuencias políticas insoslayables, además de un golpe de efecto brutal sobre el ejército liberal. Sería todo un símbolo y un acto de prestigio sin precedentes para la corte carlista. Por el contrario, el avance por Castilla sería más seguro, pero menos vistoso y llamativo. Don Carlos y su corte querían una acción contundente y qué mejor que hacerse con Bilbao. Así, pese a su oposición inicial, Zumalacárregui terminó cediendo, lo que hace pensar a Montero y Villa que tal vez, en el fondo, pensase que la toma de Bilbao no era imposible y que el sitio de la villa terminaría en victoria. Nada más lejos de la realidad, pues fue precisamente en este escenario donde el general fue herido y a consecuencia de ello, por ser tratado de manera deficiente, sugieren los autores, terminó falleciendo el 24 de junio de 1835. Su estrella se apagaba y con él la del ejército carlista. Es cierto que todavía la guerra se prolongó durante unos años más, pero el carlismo ya no llegó a contar con un general tan carismático como el finado. Al poco de su muerte, lo ocurrido en la batalla de Mendigorri presagiaba malos días para los carlistas. Si las victorias de Zumalacárregui habían servido para asentar el movimiento, las derrotas, las tentativas fallidas (expedición a Madrid) y las dificultades para lograr nuevas adhesiones fueron minando poco a poco a los sublevados. Con la muerte del general guipuzcoano se cerraba una etapa dentro de la guerra, al tiempo que se extendía su leyenda.

En definitiva, exhaustivo e interesante trabajo de los historiadores Manuel Montero e Imanol Villa sobre la figura de Zumalacárregui desde el punto de vista militar y de su contribución, a través de estas actuaciones, a la consolidación del carlismo. Sin interesarse por una biografía clásica, la obra trata de profundizar en el enorme carisma del general y en cómo se fue gestando su liderazgo primero y su halo legendario después, al tiempo de ser calificado como una figura clave de la historia contemporánea del País Vasco. Algo que no es de extrañar si tenemos en cuenta el peso que el carlismo tuvo a lo largo de todo el siglo XIX y buena parte

del xx. Estaríamos, por tanto, ante un trabajo muy bien construido, en el que se maneja con maestría las fuentes secundarias. A este respecto, habría que decir que todavía hay mucha documentación referida al carlismo no visible a los historiadores, bien por estar sin clasificar, bien por estar en archivos privados. Esperemos que, con el tiempo, podamos acceder a nuevas fuentes primarias. Mientras tanto, disfrutemos de este libro y del material gráfico que le acompaña, que es fantástico, además de abundante.

Carlos Larrinaga

MORAL VARGAS, Marta del: *Acción colectiva femenina en Madrid (1909-1931)*, Universidad de Santiago de Compostela, 2012, 543 pp.

Escribe Chiara Zamboni que «pensamos como consecuencias de alguna presión de la experiencia histórica, y por el compromiso propio y singular con la contemporaneidad». Estas palabras de la filósofa italiana sirven para enmarcar el excelente libro de Marta del Moral *Acción colectiva femenina en Madrid (1909-1931)*, en la medida en que la autora materializa a través de su obra su propio compromiso con los presupuestos teóricos de la Historia de las Mujeres, llevada por su empeño por encontrar en el pasado respuestas explicativas a la consecución de la ciudadanía de las mujeres en la etapa contemporánea.

Para ello, esta interesante y original obra en el panorama bibliográfico de los Estudios Históricos de las Mujeres en España, al abordar el tema de las movilizaciones que protagonizaron ciertos colectivos de mujeres desde principios del siglo xx en Madrid, parte de un sólido aparato metodológico que integra en la historia social y, particularmente, en la historia del género las llamadas *teorías de la movilización de recursos* desarrolladas en las últimas décadas por la sociología. A partir de dichas teorías, la autora se dota de unas sólidas herramientas de análisis que le permiten explorar las relaciones de género y enmarcarlas como parte de la *acción colectiva femenina*, definida como «acción desplegada por grupos de mujeres unidas en virtud de unas identidades construidas en común, como resultado de un proceso continuo de negociación entre sus integrantes que plantean reivindicaciones nuevas o no aceptadas, utilizando todas las estrategias a su alcance frente a las autoridades u otros grupos».

Desde estos presupuestos, Marta del Moral analiza las experiencias históricas de los sindicatos femeninos, de los grupos de mujeres que formaron secciones en partidos políticos y también de las que militaron en sindicatos y partidos políticos mixtos y, en concreto, centra su atención sobre la acción colectiva socialista desarrollada, principalmente, por el Grupo Femenino Socialista de Madrid. Aunque, también aborda la acción colectiva republicana de las Damas

Rojas vinculadas al Partido Republicano Radical y la del Sindicato Católico Femenino de la Inmaculada.

El estudio de estas distintas asociaciones de mujeres, de los sindicatos de los que formaron parte o de las huelgas y manifestaciones en las que participaron, lejos de ceñirse a lo descriptivo desarrolla una importante tarea de reflexión e interpretación acerca de cuestiones como los intereses femeninos, sus discursos, estrategias y alianzas o su capacidad para movilizar recursos en aras de construir una nueva identidad colectiva que se podría denominar de «mujer propagandista», comprometida política o sindicalmente. Una identidad que supuso la emergencia en el espacio público de una élite femenina impulsora de su propia emancipación que fue capaz de plantear un importante desafío al sistema de género hegemónico, puesto que sus acciones constituyeron en su época un importante reto a la ideología de la domesticidad.

De esta forma, el libro constituye una crucial contribución al conocimiento de los procesos de conformación de la ciudadanía femenina en España en la medida en que, a la vez que rescata los nombres propios y las variables sociológicas de sus impulsoras, encuadra los aprendizajes femeninos en el campo de la acción social y política a través de diferentes núcleos temáticos.

En primer lugar, examinando las formas de protesta femenina relacionadas tanto con el consumo o las acciones bélicas, como con el mercado del trabajo o el empleo. Con este enfoque, la autora cuestiona dicotomías conceptuales recurrentes en la historiografía como las que distinguen entre los repertorios antiguos y moderno de movilización y demuestra que las mujeres obreras y de clases populares (y no sólo los varones pertenecientes a estos sectores o clases sociales) lideraron movilizaciones de ambos tipos y, aunque excluidas de la política, contribuyeron a la renovación de los repertorios de protesta dando entidad a nuevas formas de lucha que exigía la sociedad de su tiempo. Se rebate así el prejuicio de que las mujeres nunca participaron en los movimientos de protesta, a excepción de las acciones relacionadas con la subsistencia, y se pone de manifiesto su militancia en el movimiento obrero socialista y en el republicanismo en el que adoptaron roles de liderazgo.

En segundo lugar, el estudio que se sitúa en el arco cronológico entre 1909 con la Semana Trágica y 1931 con el inicio de la Segunda República, enmarca la consecución de la ciudadanía femenina en el proceso de modernización nacional, mostrando la forma en la que las mujeres fueron evolucionando y afianzando su militancia en los partidos políticos, particularmente en el PSOE y, posteriormente, a partir de 1921 en el Partido Comunista.

En tercer lugar, dicho proceso se interrelaciona también con las alianzas o enfrentamientos que se establecieron entre organizaciones feministas afines o antagónicas. En este sentido, el examen de las colaboraciones interclasista entre socialistas y republicanas que compartían similares intereses, o las rivalidades entre colectivos femeninos con diferentes bases ideológicas, como fueron las mantenidos con católicas y clericales, afirma que incluir en los análisis variables como

la clase, la adscripción ideológica o la cultura política que atraviesan la categoría género, permite finalmente y como se pone de relieve en esta obra, añadir a la investigación una notable complejidad y riqueza de matices.

El concepto de ciudadanía femenina deviene, de esta forma, algo más que la reclamación de un derecho que debía reconocerse por el Estado, constituyéndose en la práctica cotidiana de ciertos colectivos femeninos progresistas que a través de sus acciones o demandas de derechos y libertades fueron transgrediendo las normas establecidas, transformando el sistema de género y abundando en el establecimiento del igualitarismo y la democracia en la sociedad liberal.

Desde esta perspectiva, el estudio recupera experiencias, estrategias y referentes discursivos e identitarios construidos por las mujeres vinculadas a las culturas políticas de izquierdas en el periodo señalado y rescata una parte crucial de las heterogeneas genealogías femeninas/feministas que contribuyeron a la consecución de una progresiva equidad entre los géneros. Y desde esta base, logra explicar el enorme crecimiento de las movilizaciones, organizaciones y presencia femenina en el espacio público y político que caracterizó la Segunda República. Una presencia femenina que aunque se vio favorecida por el nuevo contexto político se había gestado, como demuestra pormenorizadamente el libro, en las décadas previas.

En último término, el estudio, a través de una excelente labor interpretativa que tiene su base en un variado repertorio de fuentes documentales exhumadas en numerosos archivos, logra dar cuenta de las distintas *acciones colectivas femeninas* que a través, también, de un largo proceso de disidencias y negociaciones con sus compañeros militancia, contribuyeron a democratizar las leyes del Estado, la pautas de conducta y los usos y costumbres del movimiento obrero, de los partidos políticos, de la vida pública y de la sociedad en su conjunto.

Desde una mirada holística e integradora, el libro de Marta del Moral logra, en suma, combinar y poner en relación lo micro y lo macro, la construcción de nuevas identidades femeninas que vinculaban a las mujeres con el ejercicio de una ciudadanía plena y la progresiva consecución de un régimen democrático que pugnaba por convertirse en verdaderamente igualitario.

Luz Sanfeliu

PEINADO RODRÍGUEZ, Matilde: *Enseñando a señoritas y sirvientas. Formación femenina y clasismo en el franquismo*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2012, 176 pp.

La obra *Enseñando a señoritas y a sirvientas* nos muestra la manera en la que se educó a las mujeres durante el franquismo en valores como la domesticidad y la sumisión. La autora se centra en la educación segregada y diferenciada que tuvie-

ron las niñas durante el franquismo a la par que muestra parte del entramado que dispuso la dictadura para el control social y el inmovilismo a través de las mujeres. Esta obra nos acerca a la diferenciación entre la mujer ideal, propuesta por el régimen a partir de un modelo extraído del siglo XIX, y las mujeres reales. Igualmente, la autora destaca cómo el clasismo impuesto desde la educación infantil se establecía como forma de control y diferenciación social. Por lo tanto, Matilde Peinado nos enseña que la educación era la herramienta para que la pretendida paz social y el inmovilismo se establecieran como naturales e incuestionables en la sociedad franquista o por lo menos, en las mentes de los futuros españoles.

Matilde Peinado es doctora en Historia Contemporánea por la Universidad de Jaén donde es profesora del Área de Didáctica de las Ciencias Sociales. Cuenta con una prolija producción de artículos de muy diferentes temáticas. Con respecto a sus obras en materia de género destacamos su libro *Ser mujer en la sociedad rural andaluza (1850-1930): estrategias familiares de reproducción y subsistencia*, editado por la Diputación Provincial de Jaén en 2009 y el artículo: «La consolidación de las élites a través del poder local: una lectura en clave matrimonial, familiar y genérica», en el n. 66 de *Historia Social* de 2009. En su labor de educadora de educadores llamamos la atención sobre el trabajo «Educación para la ciudadanía y homosexualidad: elementos para un debate», en *Revista Iberoamericana de Educación*, vol. 46, n. 1 de 2008.

Enseñando a señoritas y a sirvientas está compuesto de seis capítulos, en él se utilizan fuentes de diversa naturaleza como son manuales escolares, revistas de la época y la fuente oral. En este aspecto, creemos que sería interesante dar un mayor espacio a las fuentes orales a través de la interpretación de su contenido. El testimonio oral en ningún caso se explica por sí solo, es conveniente que cada fragmento de entrevista vaya acompañado de una explicación, de la interpretación que hace el autor del testimonio elegido. De la misma manera, al introducir algún fragmento de entrevista oral es muy positivo citar al informante y hacer una pequeña descripción de esa persona para que nos ayude a contextualizar su testimonio. Matilde Peinado recoge unos testimonios realmente significativos, no obstante, al no citar más extensamente la fuente, el testimonio puede descontextualizarse y por tanto reducirse su valor.

El capítulo más destacable es el segundo, que lleva el revelador título «Como exige tu clase y condición: inmovilismo social y genérico al servicio de la consolidación del estado franquista». En este apartado, la autora desarrolla su hipótesis principal, que la dictadura supo rentabilizar las diferencias sociales, haciendo de la jerarquización social y del elitismo baluarte de la inmovilidad social. Una inmovilidad que era publicitada como sinónimo de estabilidad política (p. 20). La organización del sistema escolar franquista reproducía los pilares conceptuales que fundamentaban y perpetuaban el régimen dictatorial: exaltación de la religiosidad católica, ideologización patriótica y retorno a las prácticas pedagógicas tradicionales, erigiéndose la escuela segregada y de currículos diferenciados en la única forma válida. En este contexto, la función de

la escuela en el franquismo no era la de educar a ciudadanos cultos e instruidos sino inculcarles la virtud de la obediencia y la sumisión a la autoridad. Este modo de educar era una de las formas más rentables para intentar procurar el mantenimiento del orden social y político. Matilde Peinado nos muestra cómo el estudio de la escuela permite visualizar en un contexto micro el ideario estatal que abogaba por la estratificación social y el inmovilismo como vectores de la organización social (pp. 70-71).

Otro de los aspectos más destacables de la obra se centra en el estudio de los colegios religiosos femeninos durante la dictadura. La autora recoge hábilmente fragmentos de memorias urbanas o espaciales que hubieran caído en el olvido. Me refiero especialmente a la separación de espacios que se ejercía en los colegios religiosos entre las alumnas de pago y las becadas. A menudo estas primeras tenían que acceder al colegio a través de puertas laterales o traseras para marcar su naturaleza de clase subalterna. Esta condición se remarcaba con el atuendo y trato diferenciado con respecto a las alumnas de pago. A las «gratuitas» se intentaba dejarles claro que estaban siendo educadas por caridad y que por esa razón debían obediencia a la institución y al orden establecido (pp. 75-77). De la misma manera, Matilde Peinado nos acerca a la imposibilidad de las niñas en alcanzar el ideal femenino ligado a la domesticidad que el discurso oficial promulgaba. Este modelo de mujer se hacía incompatible con la vida diaria, y dicha complejidad aumentaba en el caso de las niñas y mujeres de clase trabajadora (pp. 124-125). La autora nos enseña por tanto las diferentes formas de llevar a la práctica el modelo de feminidad y las maneras de entender el trabajo desde una perspectiva de clase.

Matilde Peinado a lo largo de la obra señala que entre el *ángel del hogar* decimonónico y el modelo femenino franquista se dieron diferencias (p. 29), creemos que la obra se enriquecería más aún si se desarrollaran los aspectos en los que diferían dichos modelos. Igualmente, a pesar de que en la obra se recojan citas de historiadoras que han propiciado una visión más activa y dinámica sobre la Sección Femenina, como son Ángela Cenarro o Sofía Rodríguez, la autora tiende a apreciar la institución de forma un tanto estática. De todas maneras, son muchos los aspectos que se pueden destacar de este trabajo, por ejemplo, el hecho de que la obra tenga también ánimo divulgativo hace que sea de fácil lectura. *Enseñando a señoritas y a criadas* es muy amena, lo cual unido a su manejabilidad y a su reducido precio puede resultar accesible a un público más amplio que el estrictamente académico, lo que es siempre muy positivo y recomendable. Además, esta labor divulgativa es llevada a cabo desde una perspectiva crítica: la autora concluye la obra invitándonos a la reflexión y la autocrítica de los principios en los que nos educamos y que determinan nuestra forma de ser y de actuar en el ámbito privado y público. Sólo de esa manera alcanzaremos la igualdad social (pp. 164-165). Como decía Alessandro Portelli «no hay cambio, no hay democracia sin la habilidad y esfuerzo por recordar».

Eider de Dios Fernández

SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferran (eds.): *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Universitat de València, 2012, 519 pp.

La propuesta de *La nación de los españoles* está determinada por una vocación de diversidad con la intención de congregar un conjunto plural de enfoques y perspectivas que permitan renovar el estudio del nacionalismo español en el siglo xx. Las veinticinco aportaciones que componen el volumen —de las cuales por razones de espacio comentaremos algunas escogidas— han concretado ese impulso científico y conforman un trabajo que ahonda en la problemática de la conformación de una identidad nacional no sólo para profundizar su análisis en el ámbito académico sino para articular la relación del historiador con las necesidades de su entorno social. El claro objetivo está sólidamente desplegado en la concisa introducción, que desvela la solidez teórica del proyecto de los editores y justifica la calidad del producto final.

La nación de los españoles es así una obra coral cuya pertinencia radica en cuatro características principales. La primera es la contundencia de las aportaciones de Sara Prades Plaza, Ismael Saz y Francisco Javier Capistegui. Estos textos, junto con la introducción, se convierten en los pilares de la obra debido al peso de su proyección teórica, a la lucidez de su discurso y a la profundidad de su análisis. Prades Plaza se centra en la construcción de la idea de nación española de las décadas de 1940 y 1950. «Discursos históricos e identidad nacional: la Historia de España del nacionalcatolicismo franquista» destaca por la dimensión teórica y el detallado análisis historiográfico del estudio de la identidad nacional en la península hasta finales de la década del 1950. El texto estudia al nacionalcatolicismo como pensamiento que legitimó la utopía europea franquista como líder de la recomposición de la unidad espiritual continental y facilitó la manipulación de los contenidos teóricos en el fallido intento del régimen de plasmar una idea unívoca de nación. Saz compone en «Visiones de patria entre la dictadura y la democracia» una aportación sobresaliente, que repasa con solidez teórica y teleológica el concepto de patria. La reflexión final sobre la identificación entre patria y libertad, de clara proyección política, descansa en el riguroso análisis previo, que lleva a la ciencia histórica a su punto más alto como saber al servicio de la sociedad. «Fiestas locales e identidades: el caso navarro», de Capistegui, es un texto que destaca por su justificación teórica. Desde un caso puntual sobre la construcción del imaginario español en el entorno local, explica la conformación de la nación imaginada en lo cotidiano a partir de un trabajo bien fundamentado que resalta la centralidad de las representaciones derivadas de lo inmediato y lo concreto.

El segundo punto destacable del libro es el espacio concedido a los trabajos que se centran en la época franquista. Este grupo de textos destaca porque comprueban la falacia del discurso hegemónico que propugnaba la originalidad del caso español para legitimar la permanencia del régimen. Desarrollado desde una

perspectiva integradora, el análisis del peso del discurso del franquismo en el bagaje cultural español ha sido desarrollado desde aproximaciones originales que vinculan el devenir peninsular con la problemática europea de la época. Del grupo de textos que trabajan este aspecto cabe mencionar el de Toni Morant i Ariño, que aporta con su trabajo «*La España que esperábamos. Género y nación en España en el imaginario de la prensa juvenil nacionalsocialista*» una perspectiva original desarrollada con lucidez. El autor analiza la identidad nacional española durante el régimen franquista desde el prisma de la Alemania nazi. El texto de Morant i Ariño es insoslayable por su concepción y su elaboración, que propone al franquismo no sólo como objeto de estudio sino como herramienta de análisis pues la identidad española difundida mediante el aparato de propaganda nazi se revela como el punto de partida desde el cual construir la idea de nación germana y contribuye a integrar el caso español a la problemática europea de mediados del siglo xx. David Parra Montserrat examina el discurso nacionalista del franquismo explorando en sus orígenes culturales y sus raíces ideológicas. «¿Reescribir la “historia patria”? Diversas visiones de España del africanismo franquista» sigue la línea del texto de Saz al profundizar en las dificultades del franquismo para elaborar una idea de nación homogénea que le obligaron a apoyarse en una cosmovisión diversificada. También debemos señalar el trabajo «Una Europa en Negativo. El proyecto europeísta del nacionalcatolicismo español», de José Manuel Sanz Molinero. Basado en un sólido análisis de fuentes y bibliografía, estudia el proyecto europeísta del franquismo surgido a partir de la influencia de los herederos de Acción Española y del Opus Dei en la construcción de una idea de nación que descansaba en el bagaje cultural del catolicismo político más integrista y que planteó la europeización económica de España como fin, pero fundamentalmente como motor de la españolización de Europa. Finalmente, debemos detenernos en la rigurosa investigación que firma Maria Hebenstreit. «Mujer, antifranquismo y nación. “Amas de casa, compañeras, militantes”. Mujeres contra el franquismo en Puerto de Sagunto (1939-1975)» es un soberbio estudio de género que profundiza en los mecanismos de conformación de la conciencia individual y social. Hebenstreit analiza el idioma como vehículo de construcción de un imaginario colectivo y también como herramienta de oposición al franquismo. El prisma original, la solidez del desarrollo y la rigurosidad de la investigación conforman un estudio que excede con creces la época franquista y bucea en procesos culturales que competen al análisis de la evolución de la sociedad española del siglo xx.

El tercer aspecto fundamental del libro es la inclusión de trabajos de investigación que proponen nuevas facetas para acercarnos a objetos de estudio poco transitados que ponen el acento en cuestiones sociales y culturales del análisis de la problemática identitaria peninsular. De estas aportaciones podemos destacar la de Pedro Ruiz Torres, que analiza el nacimiento de las políticas sociales en España a partir de una cuidada contextualización con los casos francés y alemán. «Política social y nacionalización a finales del siglo XIX y en las primeras décadas

del xx» es un texto en el que vuelve a sobresalir la capacidad didáctica de su autor y la lucidez de su análisis crítico mediante del estudio del derecho y las instituciones para la reforma social durante el liberalismo y de la legislación laboral que cristalizó durante la II República. Otra aportación singular es la de M.^a Pilar Salomón Chéliz, «Construir la identidad nacional española desde la prensa republicana de izquierdas: *La Tierra*», que destaca por una prosa inteligente, una concisa contextualización ideológica e histórica y un buen manejo de la bibliografía. Así, Salomón Chéliz desvela las contradicciones ideológicas del discurso anarquista y establece los puntos fuertes de la publicación, con lo cual aporta nuevas perspectivas científicas para reafirmar el rol central de la prensa en la conformación y difusión de ideales nacionales. Inbar Ofer, por su parte, estudia los movimientos vecinales como modo de participación política alternativa a perfiles de militancia más tradicionales. «El género de la ciudadanía: protestas callejeras y la transición española a la democracia, Madrid 1975-1979», reconstruye la conformación de un modelo de ciudadanía durante la Transición con el fin de reflexionar sobre el carácter plural de las percepciones identitarias.

La cuarta característica que evidencia la pertinencia científica del libro la constituyen los seis trabajos finales, que confirman la voluntad de los editores de profundizar el prisma de la historia cultural en el análisis del complejo proceso de construcción de una identidad nacional. El estudio de la importancia del deporte, el cine y la televisión en la elaboración y reproducción de una idea de nación otorga a este grupo de textos una cohesión temática que los convierte en la aportación más original del libro. En este grupo destaca «Nación española y ficción televisiva», de Àlvar Peris, que indaga en la televisión actual como vehículo de lo que Michael Balling denomina la «cotidiana representación» de la nación. Profundo en sus reflexiones y consistente en su fundamentación teórica, Peris analiza los contenidos y las estrategias de los productos de ficción televisivos para elaborar un relato mítico de nación atendiendo a la vez al pasado y a la coyuntura política de cada momento. «De “la Azul” a “la Roja”. Fútbol e identidad nacional española durante la dictadura franquista y la democracia», de Julián Sanz Hoya analiza con minuciosidad las particularidades del fútbol como potenciador de la construcción simbólica identitaria en España. El trabajo construye un contrapunto entre el franquismo y la etapa democrática posterior sustentado en una documentación consistente y bien trabajada. Por su parte, «Sangre española. La “movida madrileña” y la redefinición de la identidad nacional española», de Ferran Archilés, es una aportación fundamental sobre el nacionalismo español desde la historia cultural ya que compone una sólida investigación sobre la Movida madrileña como referente en el proceso de reinención de la identidad nacional. Pero lo que hace imprescindible a «Sangre española...» es la estructura del trabajo, que al integrar las diversas vías de análisis y discusión otorga complejidad y profundidad al discurso y permite reflexionar sobre la evolución de la problemática sociopolítica de la España reciente.

Concebido como un ejercicio de acercamiento plural y diverso al análisis del nacionalismo español durante el siglo xx, *La nación de los españoles* cumple con creces sus objetivos. El libro constituye un complejo examen de perspectivas y objetos de estudio que superan los estereotipos sobre la construcción del imaginario nacional español y ponen el acento en la necesidad de ahondar en la comprensión de procesos históricos de larga duración. La coherencia de los veinticinco trabajos que presenta y la rigurosidad científica con que están desarrollados contribuyen a profundizar en el estudio sociocultural de la diversidad de componentes de la cosmovisión nacional peninsular y en el complejo entramado de estrategias que intervienen en los procesos de conformación de la identidad nacional española.

Marcela Lucci